

## PRÓLOGO

### LAS FRONTERAS DEL WESTERN

André Bazin, el gran crítico y teórico del cine francés y padre de toda la generación de críticos de *Cahiers du Cinéma* que provocaron años más tarde la brillante eclosión de la *nouvelle vague*, calificaba el western como el género medieval de los Estados Unidos de América, un crisol en el que los cantares de gesta, los romances, la épica y la lírica encontraban su humus en el implacable y tortuoso camino del hombre blanco de costa a costa. Primero la literatura y después el cine, ambos en formato estrictamente popular, configuraron un territorio genérico propio, el western, en el que la Historia se entreveraba con la leyenda, axioma fordianamente enunciado en *El hombre que mató a Liberty Valance* bajo la afirmación de que en el Oeste cuando la leyenda sobrepasa a la realidad se imprime siempre la leyenda. Un territorio en cuya imaginería no debe descartarse el trabajo de formidables pintores como Frederic Remington, Albert Bierstadt o Charles Russell, que se aliaban con una tipología específica de personajes: en definitiva, el western creaba su propia mitología, sus reglas de juego y su imaginería, un cóctel que correría como la pólvora durante más de un siglo por el orbe entero provocando juegos infantiles y millones de lectores y espectadores enfebrecidos por las correrías y aventuras de pioneros, indios, soldados de caballería, *cowboys*, bandidos, *sheriffs*, diligencias, estampidas de búfalos y paisaje sin alambradas ni fronteras. Un espacio libre para un pueblo joven y libre, una *virgin land* arrebatada a la Prehistoria y a sus originarios pobladores. Un desafío colonial e imperial para el destino manifiesto de la república norteamericana y en el que el imparable avance hacia el Pacífico a través de esa tierra virgen, como lo estudiara Henry Nash Smith, sólo podía acabar con el cierre de la frontera. La obra de Frederick Jackson Turner es significativa al respecto justo cuando la industrialización de Norteamérica, la última década, la Exposición de Chicago, anuncia el comienzo de la nostalgia, la elaboración de la mitología de un tiempo apenas clausurado, y muy posiblemente el progresivo desvanecimiento de los valores primitivos, *Tocqueville dixit*, de la democracia popular americana.

María Dolores Clemente Fernández, escribiendo EL HÉROE DEL WESTERN (América vista por sí misma) ha logrado transmutar sabia y diestramente en palabras todo eso y mucho más. Su libro, que me ha procurado un enorme placer y disfrute como lector, me ha aportado asimismo un no menor caudal de información y reflexión. Es un libro erudito, su inestimable caudal de información, su capacidad para unir el cine y la literatura, la teoría filosófica con las citas, magníficas, de diálogos de películas o las descripciones estrictamente visuales y filmicas de películas, el horizonte de la Historia y las historias del género.

No se entiende bien el menosprecio crítico y académico con que históricamente han sido recibidos los westerns, un menosprecio algo menos acusado que en la literatura, ya que, si no recuerdo mal, Larry McMurtry ganó el Pulitzer con *Lonesome Dove*, que inicialmente iba a ser un guión para un western que proyectaba en los 70 Peter Bogdanovich. La Academia nunca premió un western de John Ford, Howard Hawks, Raoul Walsh, Anthony Mann o Sam Peckinpah, aunque algunos de ellos ocupen un lugar de honor en la Historia del Cine. Que galardonaran a fines de siglo los westerns de Kevin Costner, *Bailando con Lobos*, y de Clint Eastwood, *Sin Perdón*, cuando el lejano galardón al primer *Cimarrón* se perdía en la noche de los tiempos, ya lo dice todo. Examinar las listas de las mejores películas de la Historia del Cine con las que periódicamente sesudos historiadores y críticos satisfacen sus egos y manías es otra tarea desalentadora para los aficionados al western. Por ello tiene un enorme interés cómo María Dolores Clemente tomando el hilo conductor del héroe, del personaje, en medio del tapiz del género y de sus convenciones, que acepta con lealtad y entusiasmo, nos ofrezca un impecable muestrario de la riqueza de sus contenidos, algunos evidentes y otros semiocultos, y que desde las viejas y perdurables tragedias griegas a connotaciones históricas próximas queden como semillas de una narración que nunca pierde el compás de un horizonte repleto de tradiciones vivas y vivificantes.

Peter Bogdanovich, en su libro de entrevistas con John Ford, señalaba con acierto que buena parte de la Historia de los Estados Unidos podría estudiarse siguiendo la filmografía del maestro. De igual manera el western permite otear esa misma perspectiva histórica que se enriquece con los veneros de la tradición, capaz de reunir a primitivos como Fenimore Cooper, Washington Irving y discípulos como Bret Harte, Stephen Crane, Ambrose Bierce, Mark Twain hasta grandes narradores populares como Jack Schaeffer, Ernest Haycox o A. B. Guthrie y concluir en un Pulitzer con el mentado McMurtry. Añadan el folklore oral, las fotografías de Edward S. Curtis y combínenlas con las más ances-

trales tradiciones de los héroes de la épica y lírica clásicas, añadan algunas gotas del elixir del doctor Freud, apreciables en westerns como *Pursued* (Raoul Walsh), *El Pistolero* (Henry King) o *Centauros del Desierto* (John Ford), miradas oblicuas al *thriller* (*Juntos hasta la muerte*, de nuevo Walsh) o a la política de la caza de brujas (*The Ox-Bow Incident*, obra de William Wellman, o *Johnny Guitar*, de Nicholas Ray), y comprenderán cómo el libro de María Dolores Clemente ha excavado con brillante acierto un tesoro inagotable de materiales tan fascinantes que su lectura es en sí misma el mero premio de la siempre gratificante aventura de leer un libro que atrapa al lector y le enseña las raíces de ese desafío gozoso que es el cine leído.

EDUARDO TORRES-DULCE LIFANTE